

 Seix Barral

Dulce Maria Cardoso

La vida normal





Seix Barral Biblioteca Formentor

Dulce Maria Cardoso

La vida normal

Traducción del portugués por
Rosa Martínez-Alfaro

Título original: *Eliete*

© Dulce Maria Cardoso, 2018

Publicado de acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e.K.,
Fráncfort del Meno, Alemania

© por la traducción, Rosa Martínez-Alfaro, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-322-3639-6

Depósito legal: B. 3.668-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Yo soy yo y Salazar que se joda. Un dictador gobierna Portugal durante casi medio siglo, y casi otro medio pasa desde su muerte hasta que aparece en mi vida. De repente, ha sido como si siempre hubiese estado aquí y se hubiese hecho cargo de todo. No podía dejar que eso ocurriese.

Cuando me llamaron del hospital por la abuela, todavía faltaban más de cinco meses para la noche del temporal, pero presiento que fue justo en ese instante cuando Salazar empezó a insinuarse en mi vida.

En el hospital, mamá insistía, Mi suegra siempre ha tenido la mente muy lúcida, no sé cómo ha podido pasar esto. Era un secreto a voces que a mamá no le caía bien la abuela, No es santo de mi devoción, explicaba cuando estaba de buen humor, el resto del tiempo se limitaba a echar pestes, Mal rayo parta a la vieja, que vaya a morirse bien lejos, me trae sin cuidado. Con todo, la preocupación de mamá en el hospital parecía sincera y era sorprendente la dificultad que demostraba a la hora de aceptar que, a los ochenta y un años, la abuela hubiese perdido el juicio de aquella manera, Es imposible, mi suegra no puede estar bien y de un momento a otro comportarse así, le insistía al médico, como si al hacer alarde de su incredulidad se le abriese una puerta mágica hacia

la comprensión de lo que pasaba. El médico, ignorando educadamente los comentarios de mamá, se volvió hacia mí y me preguntó, ¿Había notado alguna alteración en el comportamiento de su abuela antes de este episodio? *Episodio* fue la palabra que el médico utilizó para englobar hechos tan estrambóticos como que la abuela saliera de casa en camisión y con los zapatos de ir a misa, deambulara por Cascais con aquella pinta y acabara cayéndose y abriéndose una brecha en la frente en la tienda de recuerdos de la Rua Direita, y la encontráramos lloriqueando cuando mamá y yo llegamos al hospital. Estaba tendida en la camilla, con la herida de la cabeza ya cubierta con una venda blanca. Insistía, con una zozobra inquietante, en que tenía que ir a la capital. ¿Qué chorrada es ésta?, ella, que siempre ha odiado Lisboa, se alarmó mamá, ¿Se habrá bebido algo por equivocación? No creo que se trate de eso, respondió el médico. Era un doctor joven, tono de voz monocorde, perfume caro. Mamá olía al agua de colonia que compraba en la droguería de la Rua da Polícia en frascos de medio litro, con cada uno de aquellos frascos podía rellenar dos veces el de Bien Être que tenía en la cómoda de su cuarto. En cualquier parte del mundo podría identificar aquella mezcla de romero y limón sintético que se desprendía de mamá, de sus axilas depiladas, de los pliegues de su barriga, de sus muslos rollizos, en cualquier parte del mundo podría identificar el olor de las noches en que me quedaba dormida en su regazo viendo la tele.

Sólo Dios sabe qué más inventará, se afligía mamá utilizando una expresión también inusual en ella, ya que, a diferencia de la abuela, mamá nunca había querido cuentas con Dios. Menuda desgracia nos ha caído encima, se lamentaba, arqueando las cejas como hacen las

heroínas de las fotonovelas en momentos de preocupación y ansiedad. Si había algo de lo que mamá se sentía orgullosa era de sus fotonovelas. Me mandó que las encuadernara, en rojo y dorado, en volúmenes de diez ejemplares cada uno, y las ponía a la vista en la estantería de pino que compró en O Vassoureiro cuando nos mudamos de casa de la abuela. ¿Cómo puede una persona llegar a este estado?, preguntaba mamá, tan trastornada como yo. El estado al que se refería era la desesperación que se había apoderado de la abuela, Sacadme de aquí, sacadme de aquí, llevadme a la capital, suplicaba a voz en grito mientras intentaba desnudarse y arrancarse la vía que la conectaba al gotero.

Antes de que pudiésemos evitarlo, la abuela se rasgó el camisón y enseñó, sin pudor, su desnudez, unos pezones rosados encumbraban el relieve aterido de sus senos, un triángulo perfecto de vello canoso le cubría el pubis, una piel muy blanca prolongaba las arrugas de las manos y del cuello con la misma delicadeza y el mismo arte con que el tiempo trabaja la loza antigua, un cuerpo en el que todo era proporcionado y descuidadamente delicado. Nunca había visto a la abuela desnuda. A excepción de la cara y las manos, su cuerpo había estado toda la vida escondido bajo el negro, falda negra, blusa negra, medias y zapatos negros. Cuando era pequeña me lo imaginaba como el de los maniqués de la tienda de novias en la que trabajaba mamá, un cuerpo de plástico en el que habían enroscado unas manos y una cabeza de vieja. En un momento determinado me convencí de que ésa era la conclusión a la que la abuela quería que llegásemos, tamaño era el esfuerzo que hacía para tapárselo. El luto, la sobriedad y la severidad con la que siempre se había vestido y comportado no pudieron camuflar su belleza, pero sólo en ese momento,

al verla desnuda, comprendí que sí pudieron encubrir a la mujer seductora que seguro que había sido. Para la abuela, la desnudez era una tentación del demonio, como casi todo el resto de las cosas de la vida, el demonio era incansable en sus artimañas y la abuela tenía que ser todavía más incansable en el cuidado que ponía y, por eso, Ven aquí, Eliete, me ordenó la abuela una tarde hace ya mucho tiempo, para mí, prácticamente entero e intacto todavía. Pasaba por la cocina para ir a remojar me con la manguera del patio enfundada en el bañador que mamá me había comprado en el mercado, un bañador de estrellas blancas sobre fondo azul, Ven aquí, Eliete, ahora que ya eres una mujercita, no puedes ir vestida así. La abuela estaba sentada en una banqueta de madera oscura junto a la salida del porche y desgranaba habas, sus manos todavía a salvo de la vejez que las volvería frágiles y titubeantes, el señor Pereira estaba en la otra punta de la casa encerrado en su despacho, como de costumbre, y mamá trabajando, a la distancia del tren y del autobús que la traerían de vuelta a casa al caer la tarde. En la mano llevaba la toalla de algodón naranja que extendería en la losa de cemento, mi isla de piedra situada casi en medio del patio.

Las tardes de las vacaciones de verano pasaban tan lentas que se pegaban las unas a las otras transformándose en una única tarde invencible. En mi pequeño mundo, los cambios nos conducían siempre, sin tedio, al principio de todo, las flores del granado anunciaban el fin del verano, la luz del invierno doraba los caquis, las naranjas crecían para que la abuela preparara la mermelada que se guardaría en la despensa en unos frascos con etiquetas en las que la abuela escribiría *naranja amarga*, las hormigas se afanaban en hileras, los pájaros se refugiaban en las ra-

mas de los árboles, por la mañana el sol se desperezaba por el cuarto de la abuela y por la tarde hacía la siesta en el mío y de mamá, por la noche la luna deambulaba por donde le apetecía.

De pie, contrayendo cada músculo de mi cuerpo menudo, empuñaba la punta de la manguera verde contra la cabeza, esperando a que el agua fría brotase de las entrañas de la tierra y amotinase mi cuerpo para liberarme del hechizo de la tarde interminable, entonces, mi cuerpo adquiriría voluntad propia y empezaba a moverse, *Feim aim gona liv forever*, me oía cantar por dentro del bañador de estrellas blancas, los pies manchados de tierra, *Feim aim gona liv forever*, no sabía nada de inglés, la vida en aquel tiempo sólo me servía para ofrecerme la infancia de la que nunca me liberaría.

Dejaba que el agua fría corriera por mi cuerpo, la piel de las manos se me arrugaba y los labios se me amorataban, un poquito más, un poquito más, el agua fría de las entrañas de la tierra corriendo por mi cuerpo hasta que me faltaba el aire. Cuanto más tiempo aguantaba, mayor era el placer que sentía cuando me tumbaba en la toalla extendida en la losa de cemento, un poquito más, pensaba, un poquito más. El calor de la losa me sellaba el cuerpo, poro a poro, y me lo devolvía amansado, nuevamente sumiso. Abría los ojos, atenta al formarse y deformarse de las nubes en busca de animales, un delfín se enrollaba en una cabeza de tigre y luego se estiraba para convertirse en una serpiente, un cielo todavía sin estelas de avión, un mundo desmedido y disperso, Ven aquí, Eliete.

El lebrillo de esmalte azul prácticamente lleno de simientes verdes, la abuela sin levantar la vista, los dedos acompasados para romper las vainas que se amontonaban junto al lebrillo encima de unas hojas de periódico y

que, una vez troceadas, echábamos al gallinero construido con una celosía de alambre de hexágonos y una cubierta de chapa ondulada entre el garaje y la tapia del fondo del patio, Una chica decente no puede ir así por la casa, no puede enseñar a los demás lo que pertenece a su futuro marido. No he conocido mayor ambición de la abuela que la de lograr domarme la carne y el alma. Tú no querrás ser como esas otras, ¿a que no? Esas otras, esos pendones desorejados, esas que, perdidas por el mal camino, se condenaban al infierno del rechinar de dientes y de las llamaradas más altas que montañas, esas mujerzuelas, esas a las que no tardé en envidiar en secreto. En aquel momento, los detalles de las historias de la abuela ya no me entretenían, ya no le preguntaba cómo decidiría Dios a quién satisfacer si yo le pedía sol y ella lluvia, me sabía la respuesta de memoria, No eres tú la que hace esas preguntas, es la maña del demonio la que las hace por ti. A continuación, me explicaba que el demonio nos hacía dudar de que Dios, a su debido tiempo, nos revelaría todo lo que debía ser revelado, y la prueba de que Dios nunca nos fallaba eran los milagros que se contaban en misa, Isaac, el hijo de Abraham y Sara, el maná cuando el pueblo elegido atravesaba el desierto, Elías alimentado por los cuervos, la caída de la muralla de Jericó, a su debido tiempo Dios me proporcionaría todo lo que necesitase. Aparentemente, el desajuste entre el momento de la manifestación de una necesidad y el de su satisfacción serviría a Dios, que me vigilaba y lo podía todo, para poner a prueba mi fe.

Pero aquella tarde ni yo ni el demonio hicimos preguntas. Ambos sabíamos que mi cuerpo había cambiado y que me había arrastrado sin remedio hacia el cambio. El cambio había empezado discretamente con dos incipien-

tes botones de carne que se empinaron en mi tímido pecho, dos botones de carne que intentaba aplastar contra el colchón durmiendo siempre bocabajo, dos botones de carne que me dolían cerca del corazón y de los que los niños se burlaban, Dale un toque de pecho a la pelota, Eliete, pero no la agujerees, los chavales jugaban al fútbol con sus pechos lisos, soñando con Maradona, Platini, Rummenigge y otros nombres que ocupaban sus conversaciones. Hubiera sido capaz de sobreponerme a la burla de los chicos si a los botones de carne no les hubiese seguido la vergüenza del pelo oscuro entre las piernas y las axilas, de los muslos que se redondeaban por debajo de los pantalones vaqueros como jamones de cerdo, del sudor de adulta maloliente que disimulaba con el desodorante comprado por la mañana en la misma droguería que el falso Bien Être, un spray que me producía picores debajo de los brazos.

Ven aquí, Eliete. Sabía que en mi cuerpo ya nada era igual, que la sangre había empezado a brotar de dentro de mí, una sangre viscosa y oscura que me obligaba a usar compresas todos los meses. Por encima de todo predominaba el miedo a que alguien se percatase de que las usaba, a que los chicos empezasen con sus mofas, El Benfica juega en casa, Huid que es día de marea roja, las carcajadas de los chavales, desalineadas por los dientes que aún no habían encontrado su posición correcta, las caras de los chavales llenas de rasguños causados por las cuchillas de afeitar, que encontraban más obstáculos en los granos que en los pelos. A la vergüenza de que supieran que llevaba compresas se añadía el miedo a que la sangre repugnante que salía de dentro de mí me manchase la ropa, el nuevo y humillante hábito de tener que ir siempre al lavabo a cambiarme de compresa, todos los cuidados a los

que empecé a estar obligada, el paquete de compresas no podía dejarse, en ningún caso, en el armario del cuarto de baño para que el señor Pereira no tuviese la desagradable experiencia de encontrarse con él cuando lo abriese para echarse Old Spice en la cara con palmadas ruidosas, A los hombres no les gusta ver esas cosas, me explicaban mamá o la abuela. El tema de la menstruación era de los pocos en el que ambas estaban de acuerdo, a los hombres no les gusta ver paquetes de compresas ni oír hablar de dolores de barriga y de ganas de comer chocolate, la menstruación era un asunto de mujeres como los bordados, la cocina y el cuidado de la casa, un asunto del que se hablaba en sordina y que conllevaba una serie de prohibiciones. Durante esos días, una no podía lavarse la cabeza, caminar descalza, entrar en los cementerios, hacer ejercicio, ir a la playa, ya que la boca del cuerpo estaba abierta y la sangre podía subírseme a la cabeza o nunca más parar de salir. Aunque estuvieran mayoritariamente de acuerdo en este tema, mamá y la abuela discrepaban en algunos pormenores, según mamá, podía lavarme la cabeza siempre que no tardase mucho rato, hacer gimnasia siempre que no me pusiese cabeza abajo e ir a la playa siempre que no me tumbase al sol. A las órdenes y las contraórdenes de mamá y la abuela se unía la información caótica procedente de mis amigas y mis compañeras del colegio, de Milena, que utilizaba tampones porque le traía sin cuidado la pérdida de la virginidad, de Clara, que tenía un remedio para evitar la hinchazón de la barriga, de Paulinha, que cortaba la regla con baños de agua helada, y así nos hermanábamos en el orgullo de nuestro destino común de futuras paridoras. Sangrábamos orgullosamente todos los meses, aunque nos molestaran los dolores de barriga, los granos de la cara y las compresas, porque mientras

sangrásemos podríamos cumplir el destino de traer hijos al mundo que sólo a nosotras nos estaba reservado. Lo peor que podía pasarle a una mujer era no servir para eso, bastaba con el ejemplo de doña Rosalinda, que vivía dos casas más abajo de la de la abuela y se veía obligada a criar a los dos bastardos oscuros de su marido entre insultos y palizas. La desgraciada no ha podido darle hijos, justificaba la abuela, y ya se sabe que en esos casos ellos van a buscarlos en otras. Como se sabía que así era, doña Rosalinda daba gracias a Dios por haberse librado del destino de las mujeres inservibles, que era, ya se sabe, el abandono.

En el supermercado, cuando el señor Pascoal sustituía a su esposa en la caja registradora, mamá se quedaba merodeando por la docena de pasillos como si visitase un museo. Los hombres empiezan a maquinar cuando ven ciertas cosas, me dijo una vez mamá poniendo una mueca enigmática mientras hacíamos tiempo en los estantes de los detergentes con el paquete de compresas en la cesta debajo del resto de la compra. Si no era urgente, y en caso de que la mujer del señor Pascoal se hubiese retrasado en volver a la caja, mamá renunciaba a comprar las compresas, La próxima vez, decía, como si una fuerza superior e invisible la obligara a desistir. Si era urgente, mamá suspiraba, sacaba pecho y, circunspecta, ponía el paquete de compresas en el pequeño mostrador de la caja registradora sin atreverse a mirar al señor Pascoal, que estaría maquinando eso que los hombres maquinan cuando ven ciertas cosas.

Ven aquí, Eliete. Después de aquella tarde, nunca más volví a remojarme con la manguera en el patio, y el bañador sólo me lo ponía para ir a la playa, donde el poco decoro me estaba permitido por razones de salud, ya que

el mar era bueno, especialmente para las alergias que me afectaban la respiración, y para los granos que me descomponían las facciones medias. La playa que más me gustaba era la de Tamariz, pero siempre íbamos a la de la Rainha, la preferida de mamá. Llegábamos bastante pronto, la mañana todavía refrescaba, el sol estaba tapado, para coger sitio en la base de unos peñascos, en medio de la playa, donde se aglomeraban los bañistas previsores como nosotros, y no nos desvestíamos hasta que despejaba. Día tras día, mamá comentaba con las otras familias el oleaje, más o menos fuerte, el nivel del agua, la previsión siempre correcta de las mareas, la previsión casi siempre equivocada de la temperatura, la neblina que impedía ver las colinas donde, por encima de las rocas que delimitaban la playa, se levantaban, orgullosas, la parte de atrás de algunas tiendas, restaurantes y casas que regalaban a la playa aires acondicionados y marquesinas de aluminio. Mamá también elegía siempre el mismo sitio para guardar la merienda, que llevábamos en una cesta, bocadillos de huevos revueltos envueltos en gruesas servilletas de tela, naranjas frescas que comprábamos en el bar de la estación, Aquí, al fresco del peñasco, decía mamá, con una exclamación que siempre sonaba a novedad, y yo que no entendía por qué era tan fácil prever el comportamiento de mamá y de las mareas y tan difícil hacerlo sobre la temperatura o la nubosidad. Cuando el sol salía, era el momento de que mamá nos untara los hombros, la nariz y los mofletes con crema Nivea, siempre abría la caja azul encima de la toalla para que no se llenara de arena. A juzgar por el estado en que mamá se quedaba, yo también debía de parecer una india fea de cualquier tribu. Después de embadurnarse, mamá se tendía bocarriba y se quedaba dormida con la boca abierta

como si estuviese en casa. También parecía que estuviese en la bañera de casa cuando se metía en el agua, se agachaba en la orilla y, con las manos ahuecadas, recogía la espuma de las olas encaracoladas para refrescarse la piel que le había enrojecido el sol. No era raro que mamá me pidiera ayuda para bañarse, pero yo me zafaba siempre que podía, mamá me hacía pasar más vergüenza con las poses que adoptaba que con no saber nadar a crol.

Durante años soñé con conseguir los gestos perfectos de las nadadoras que avanzaban tendidas en el mar con la naturalidad de quien camina por tierra firme, pero al contrario de lo que me había ocurrido con caminar, correr y saltar, el simple paso del tiempo no enseñó a mi cuerpo a nadar como tocaba, y me desesperaba sin saber qué hacer para que mi respiración, mis brazadas, el giro del cuello y de todos mis gestos se coordinasen como hacían las chicas que nadaban con los chicos hasta los barcos que había atracados a lo lejos. Sabía nadar a braza y mal. Un día logré llegar hasta el final de la línea de boyas naranjas, que estaba unos cuantos metros más acá de los barcos, pero nunca más fui capaz de repetir dicha proeza, me cansaba, tragaba agua, me daban calambres, supongo que debía de parecer una babosa, una tortuga con el cuello estirado, con ancas de rana y los brazos esforzándose por describir semicírculos. Antes de dormirme, en ese breve momento entre el estado de vigilia y el sueño en que uno ya no es uno, me veía entrando en el agua dando un salto inverso o de carpa y nadando a crol hasta los barcos con la rapidez de las heroínas de James Bond, los veraneantes me aplaudían puestos en pie y yo salía del agua como si desfilase por una pasarela, sin necesidad de descomponer mi figura para sacudirme el agua de los oídos o ponerme la mano a modo de visera en la frente en busca de la toa-

lla. Por unos instantes, era la mejor nadadora de crol y la más elegante. Si me metía en la cama más cansada, soñaba con cosas menores y sólo deseaba que la piel se me broncease con un tono dorado y uniforme, perder el miedo a tirarme al suelo cuando jugaba a las palas, que mi cintura disminuyera diez centímetros y que las piernas se me alargasen otros tantos, en el fondo, en mí, no había nada malo, no era más que un problema de redistribución de centímetros. Tampoco hubiera habido nada malo en aquellos días de playa si yo hubiese sabido cuál era mi papel en aquel teatro, un gigantesco teatro en el que todo el mundo sabía qué personaje le había sido destinado, el nadador-salvador que mascaba tabaco, la chica que se entretenía para entrar en el agua y otra que cuchicheaba y soltaba carcajadas, el hombre que alquilaba los patines de pedales que hacía descuentos a las chicas guapas, mamá y sus poses ridículas, los novios restregándose manos y piernas, la familia que jugaba a cartas y otra que almorzaba filetes empanados y trozos de melón, el niño que jugaba al fútbol y otro que salpicaba a las chicas, el vendedor de cucuruchos, los que paseaban por la orilla del agua, los que hacían deporte, los que tomaban el sol, los que leían, todo el mundo desempeñaba convincentemente su papel, menos yo.

Ahora que ya eres una mujercita te puede pasar cualquier cosa, no tienes que irte muy lejos para saberlo. Las primeras veces que la abuela me hizo esa advertencia, no alcancé a comprender a qué se refería. Fue la insistencia de *no tienes que irte muy lejos para saberlo* y el énfasis que le ponía cuando mamá estaba cerca lo que me llevó hasta el pasado de mamá. Yo no quería ser como ella, no quería que me ocurriese lo que quiera que fuera que le hubiese sucedido, pero ya era demasiado tarde para impedir que

las palabras de la abuela causasen en mí el efecto contrario, el *te puede pasar cualquier cosa* se había convertido ya en el presagio de un futuro aventurero al que me aferraría con todas mis fuerzas. *Te puede pasar cualquier cosa* retumbaba en mi interior con un eco extraño, como si pudiese convertirme en chico, a los chicos les podía pasar cualquier cosa, podían no tener miedo ni vergüenza, el miedo y la vergüenza eran cosas de chicas aunque fueran los chicos los que las intentaran manosear o las acosasen para robarles besos con lengua, la culpa era siempre de las chicas porque no habían podido evitar los abusos, la culpa era siempre de las chicas porque se habían puesto a tiro, la culpa era siempre de las chicas desde que Eva le dio la manzana a Adán, y punto final. Tal vez me pasara cualquier cosa, pero en ese cualquier cosa que me podía suceder, yo sabría elegir ser diferente de mamá, de mamá y de la abuela, yo sabría elegir ser quien yo quisiera ser.

Haga algo, doctor, por favor, haga algo, suplicaba mamá, era como si la desazón y la desnudez de la abuela la incomodasen a ella más que a mí. Mientras yo intentaba serenar a la abuela, el hombre que estaba tendido en la camilla contigua, un hombre bastante mal encarado que había perdido el control en una motocicleta, volvió a tirar de la bata del médico para preguntarle por el resultado del partido. El fútbol no me interesa, respondió el médico con voz firme, un hombre seguro de sí mismo. Cuando recorrí de nuevo su cuerpo con la mirada, no me cabía la menor duda de que me toparía con un orgulloso anillo de matrimonio en el anular izquierdo. Qué suerte tiene su esposa, pensé, que no ha de ver al marido bebiendo litros de cerveza mientras sigue los partidos, que no tiene que oír las imprecaciones ridículas contra lo que considera que ha sido una mala jugada ni la risa gutural cuando lee

lo que los amigos han escrito en Facebook denigrando a los clubes rivales, qué suerte tiene su esposa que no ha de ser testigo de la rabia absurda que siente el marido por los árbitros, qué suerte tiene de no estar casada con Jorge, qué suerte tiene de no ser yo.

No había ventanas en la sala de urgencias ni en el pasillo, donde las camillas se alineaban contra la pared y la luz que caía sobre nosotros, en especial la que incidía sobre la abuela, me incomodaba porque era anormalmente blanca y me hacía sentir más culpable por no haber sabido responder a la pregunta del médico, ¿Había notado alguna alteración en el comportamiento de su abuela antes de este episodio? No encontraba la manera de decirle que yo ya no sabía casi nada del día a día de la abuela, pues no quería parecer la nieta desalmada que la había abandonado, no era eso lo que había pasado, aunque tampoco supiese qué era lo que había pasado. Quería escapar de allí y no podía. La luz que incidía sobre nosotros, especialmente la que caía sobre el médico, resaltaba su cuerpo y los músculos que se le insinuaban por debajo de la bata, era un médico joven al que no le gustaba el fútbol, y mamá no paraba de hablar, Haga algo, doctor, por favor, haga algo. De repente, me imaginé desnuda, acurrucada en una de las camillas del pasillo con el médico, de pie, dándome palmadas en el culo, repitiendo el interrogatorio mientras me follaba, Alteración de comportamiento, ¿Había notado alguna alteración en el comportamiento de su abuela antes de este episodio?, y yo analizando la adecuación de la palabra *episodio* en aquel contexto. Por favor, doctor, no paraba de oír la voz chillona de mamá, incluso cuando arrastré al médico hasta la suite Venus del motel de la IC19 por la que pasaba en coche de vez en cuando en mis idas y venidas de las prospecciones de

mercado, yo era una agente inmobiliaria competente, proactiva en las recaudaciones, convincente en las ventas, sabía establecer relaciones de *partnering* con los mejores clientes e implementar estrategias que se traducían en resultados inmejorables, aunque no fuese tan elocuente como Natália ni tuviese la fotogenia que hacía que sus carteles llamasen la atención de quien pasaba por los apartamentos y las casas donde ella los colgaba, Natália, que ya había sido varias veces Agente Platino y que tenía una dulce parejita de hijos y un marido dedicado, Natália, a quien yo, en secreto, deseaba que sufriese pequeños accidentes domésticos, pequeños contratiempos que desbaratasen su comprensión por las adversidades de la vida, que menoscabasen su aspecto sereno en el que vendedores y compradores confiaban, que le mermasen la resiliencia de la que tanto hablaba. En vez de hacer callar a mamá, la suite Venus le tiraba más de la lengua, No te vayas a poner a hacer eso ahora, Eliete, mira cómo la desesperación hace que los ojos de tu abuela sobresalgan de la profundidad donde la vejez los ha hundido, la suite Venus, que yo ya había visitado en internet, con cama redonda, silla del placer y pista de baile, WC con bañera esquinera, jacuzzi, bidé e inodoro, toda iluminada con velas falsas que propiciaban romanticismo sin riesgo de incendio y sin olor a velatorio, Por misericordia, Eliete.

Al fin, los ansiolíticos empezaban a hacer efecto, la abuela ya no imploraba que la llevásemos a la capital y me dejó que le cogiera la mano. Su brazo formaba un ángulo con su cuerpo como cuando me llevaba, de la mano, al colegio. Sólo que, entonces, ambas estábamos en el mismo plano, no en planos perpendiculares como ahora. Ahora yo seguía de pie y la abuela tumbada en aquel estado. Cuando recorría conmigo el camino para ir al colegio,

para protegerme de los coches que iban a la sierra de Sintra y de los forasteros del camping, la sonrisa de la abuela no era la sonrisa aturullada de las benzodiacepinas. La mano de la abuela, antes tan fuerte, era ahora un pájaro muerto en la mía. Quise abrazarla como en aquel tiempo, el tiempo en que yo intentaba que mis pasos se acompañasen con los suyos, el tiempo en que el amor de la abuela me rescataba de la soledad de aquel terreno yermo de casas entre el mar, la sierra y el viento, quise abrazarla, sin embargo, le solté la mano en cuanto pude.

El médico retomó las preguntas, ¿Alteraciones de comportamiento, disparidad de personalidad, apatía, desorientación, pérdida de memoria, ha notado alguna de estas cosas?, y me fijé en que le daba vueltas al anillo mientras hablaba. En un libro que había leído sobre el lenguaje corporal, darle vueltas al anillo significaba disponibilidad para traicionar el compromiso que éste simboliza. Sonreí al médico y me atusé el pelo fingiendo que la deriva de mi mano y el ligero contoneo de mi cuerpo eran naturales en mí, mientras mamá respondía evasiva, A esta edad, uno cambia día tras día. Yo añadí, insidiosa, Hay que aprovechar mientras se es joven. Mientras se es joven, repitió el médico. Percibí en su voz la ironía con la que contabilizaba dolorosamente cada uno de mis cuarenta y dos años, y clavé la mirada en sus ojos, aún sin bolsas de grasa, en su piel, aún sin arrugas, en su pelo, todavía abundante. Pensé, después, en los ojos hundidos de Jorge, en su piel arrugada, en la herradura de pelo que le rodeaba la coronilla pelada. No es justa la mella que los años hacen en nosotros. Imparables, los años arruinarían la ironía en la voz del médico y, más deprisa todavía, le arruinarían el cuerpo. No, no es justa la mella que los años hacen en nosotros, pero es justo que hagan mella en

todo el mundo. Este pensamiento me tranquilizó, el tiempo me vengaría de forma ejemplar.

Como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, ni mamá ni yo le dijimos al médico que no podíamos responder a lo que nos preguntaba porque, aparte de las fechas señaladas, Navidades, Semana Santa, cumpleaños, raramente estábamos con la abuela. Tampoco le dije que sospechaba que la abuela ya no tenía fuerzas para ocuparse del patio ni ojos para ver las manchas de grasa en la ropa, que se dormía con la cabeza apoyada en la mesa del comedor para sentirse acompañada por las chicas de la teletienda, sospechaba muchas cosas, pequeñas cosas, pero nunca quise confirmar nada porque no hubiera sabido qué hacer al corroborar que la abuela estaba desasistida. Desasistida y sola.

Me oí decir a mí misma, Soy la única nieta, aun siendo notorio que el médico, que ya me tendía la mano para despedirse, no tenía el más mínimo interés en esa información. A pesar de ello, no me amedrenté, saberme ridícula nunca me paraba los pies, al contrario, saqué pecho, esboqué mi mejor sonrisa y me despedí imaginándome que el médico se arrepentiría de no haber encontrado una excusa para darme su número de móvil y que buscaría el mío en la ficha de la abuela, en unos días me invitaría a tomar un café, no estaba todo perdido.

El médico se había ido, la abuela se había dormido, mamá se paseaba, inspeccionando el estado de los demás pacientes que se hacinaban por allí, y yo me quedé sin saber qué hacer. Me sabía mal que la abuela se despertase en un sitio desconocido, con personas desconocidas, y que no me viese junto a ella, se asustaría o, como mínimo, se sentiría confundida. Aquel de allí está más para allá que para acá, dijo mamá cuando volvió a nuestro lado,

refiriéndose a un enfermo que acababan de traer en una camilla. Más para allá. Allá, como si la muerte fuese un continente en el que habitasen los dinosaurios y los mamuts, la Grecia antigua y el Imperio romano, los moáis de la isla de Pascua y, claro, papá. Pero la abuela no se estaba muriendo, la abuela era fuerte, muestra de ello era la forma en que hacía poco se debatía, sólo estaría en el hospital para hacerse algunas pruebas que permitirían concluir que la caída no había sido nada grave. Tu abuela ha pasado por mucho, a pesar de todo, no se merece esto. *A pesar de todo* era quizá la expresión más adecuada para definir la relación entre mamá y la abuela y mi relación con cada una de ellas. A pesar de todo, estábamos allí las tres y puede que mamá no hiciese adrede aquellos comentarios que sonaban tan fuera de lugar ante unos profesionales que imitaban la eficiencia de los robots con movimientos mecanizados y frases cortas. Tu abuela no se lo merece, ni nosotras, y encima, este aire acondicionado, el ruido se me mete por los oídos y me pone la cabeza como un bombo, qué mala sensación me produce todo esto. Había sido un error llamar a mamá y pedirle que me acompañase al hospital. La abuela siempre la había acusado de no haber sabido ocuparse de nada cuando papá murió, no sé cómo se me pasó por la cabeza que podría ayudarme.

Antes de salir, mamá, bajando la voz como si, de sopetón, hubiese recordado la existencia de un código de conducta hospitalario, preguntó a una enfermera, ¿Cuánto tiempo tiene que quedarse aquí mi suegra? Sólo el que sea necesario, sonrió la enfermera, en este hotel siempre estamos echando clientes, aquí no queremos a nadie. Me fijé en su uniforme bien planchado, en la piel de sus zapatos sin dobleces, en la malla prieta de sus medias, Quien

pone tanto esmero en el uniforme tratará bien a los enfermos, pensé para tranquilizarme.

En el aparcamiento, me protegí de la luz del sol de junio clavando los ojos en los hierbajos que nacían entre las grietas del cemento. Mirando el enorme edificio del hospital, mamá dijo con orgullo, Es digno de admirar, han tardado años en construirlo, pero es un hospital como los mejores del extranjero, mucho mejor que los de Lisboa. Para mamá, el extranjero seguía siendo un único y lejano país en el que todo era mejor, y Lisboa, a menos de treinta kilómetros de Cascais, era la vecina rival, la capital decadente donde nada funcionaba. Con todo, lo que a mamá le gustaba recordar de verdad con nostalgia era el hospital viejo, en el centro de Cascais y donde yo nací. No tuve la necesidad de consultar ninguna tabla de mareas para convencerme de que una oleada de recuerdos nos aplastaría durante el trayecto que nos llevaría del hospital a casa de mamá. Las anécdotas sobre mi nacimiento siempre surgían como hilvanadas por un hilo del que una mano invisible tiraba y en el extremo del cual papá conducía como un loco, con los cuatro intermitentes puestos, pitando eufórico al pasar junto a sus amigos revolucionarios que se apostaban en la esquina de la gasolinera decidiendo el futuro de las casas de los ricachones huidos a Brasil y, al llegar a la entrada del hospital, tras un frenazo aparatoso, abandonaba el coche en mitad de la calzada y se ponía a gritar, Mi mujer va a dar a luz a mi hijo. Mamá se explayaba con placer con el resto de la historia, Naciste cuatro meses después de la revolución, en ese tiempo, los revolucionarios aparecían como campeñones, dabas una patada a una piedra y salía uno, está claro que tu padre también tenía que hacerse revolucionario, y es que tu padre no dejaba que se le escapara una

moda, menudo disgusto se llevó el señor Pereira, y no digamos tu abuela, tu padre no tenía que haberse implicado con aquella gente que pintaba hoces y martillos en las paredes, unos parásitos que no trabajaban, unos hijos de papá que ahora son administradores de empresas, jefes de esto, patronos de aquello, que antes sólo querían las casas y las cosas de los fascistas ricos y que ahora lo quieren todo de todos y ni siquiera los pobres se salvan, tu padre ya era un jefe de familia, tenía responsabilidades, nunca debería de haberse involucrado con aquella gente, la desgracia a tu padre le llegó el 25 de abril, en eso la vieja tiene razón. A papá, por ser hombre, le estuvo permitido todo desde siempre y, aunque la abuela o mamá se lamentaran de esto o de aquello, a él sí que podía pasarle cualquier cosa, él podía hacer que le pasase cualquier cosa. Cuando conoció a mamá, ella era una jovencita a la que también le podía pasar cualquier cosa. Y cualquier cosa fue lo que le pasó, se quedó embarazada de mí con sólo dieciséis años. No tenía que irme muy lejos para saber que a mí también me podía pasar cualquier cosa. Ven aquí, Eliete.

Mamá siguió hablando, pero dejé de prestarle atención, intentaba reconstruir lo que aquel día le habría pasado a la abuela. La abuela se habría despertado, como de costumbre, con los primeros rayos de luz que penetraban por la ventana, se habría levantado y santiguado frente al pequeño altar con santos que tenía en la habitación, se habría puesto los zapatos de ir a misa aunque no fuese domingo. Ésa debió de ser la primera confusión, hacer de un jueves un domingo. Después se habría olvidado de quitarse el camión, o puede que no hubiera sido un olvido, puede que la abuela se hubiera cansado de los muertos que le habían hecho pasar la vida entera de luto. Habría

caminado tambaleante hasta la parada del autobús. Los zapatos de ir a misa son muy bonitos, pero diantres lo que cuesta andar con ellos, solía decir la abuela. Ningún vecino la habría llamado, ya no la conocían, los antiguos vecinos ya se habían muerto o los hijos los habían internado en residencias, los mismos que habían heredado sus casas y que las habían vendido a buen precio. O quizá nadie se habría cruzado con la abuela, los vecinos nuevos se levantaban temprano para salir a correr con ropa fluorescente y auriculares en los oídos, Dios era un compositor minimalista y repetitivo en aquel lugar, mar y viento, viento y mar, hasta el gorjeo de los pájaros sonaba siempre igual. La abuela habría caminado con un pañuelo en la cabeza para protegerse del polvo, se habría olvidado de que la carretera estaba asfaltada y de que las casas nuevas tenían tarimas, losetas, césped, piedras, pasarelas, las casas nuevas tenían de todo menos tierra, que era sucia y fea, y del cemento no se levanta polvo. El conductor del autobús no habría reconocido a la abuela, si hubiese sido el señor Tadeu, que hizo el mismo trayecto durante toda la vida y se sabía el nombre de todos los pasajeros y de sus respectivas relaciones de parentesco, habría sido diferente, el señor Tadeu habría convencido a la abuela de que volviera a casa, pero el señor Tadeu se había muerto hacía años y los que lo sustituyeron estaban siempre cambiando de trayecto y no querían mantener conversaciones sobre nada, sólo se les pagaba, y mal, para transportar personas de un sitio a otro, cosa que hacían con más o menos retrasos en el horario, con más o menos baches en la conducción. De lejos, o con una mirada desatenta, el camisón de la abuela pasaba por un vestido usado que, en conjunto con los zapatos de ir a misa, podía componer la indumentaria de una joven. Entre la casa de la abuela y la

tienda de recuerdos de la Rua Direita, un cuarto de hora a pie y otro tanto de autobús, la gente que se hubiera cruzado con la abuela la habría visto de lejos o de forma desatenta, de ahí que nadie se hubiera dado cuenta de que necesitaba ayuda, quizá habrían pensado que por allí iba una joven excéntrica, el cuerpo de la abuela engañaba. Ni siquiera el encargado de la tienda de recuerdos, cuando la hubiera visto entrar con aquel atuendo, se habría dado cuenta de que era la misma anciana que había estado allí el día anterior. Se habría acordado bien de ella porque la abuela habría deambulado por la tienda hasta detenerse delante del expositor de llaveros. Después habría cogido uno y se habría dirigido a la puerta, sin pagar. Cuando le hubiera llamado la atención, habría pedido disculpas diciendo que se había distraído, absorta en sus pensamientos. Extrañado, el encargado de la tienda la habría reconocido al día siguiente vestida de aquella manera inapropiada y repitiendo un nombre raro de mujer. Seguro que habría estado tan agitada que habría acabado por tropezar con una cesta de paja llena de sardinas de tela y habría caído desvalida. Es la historia que el encargado de la tienda de recuerdos contó a los paramédicos que socorrieron a la abuela, que se la contaron a los enfermeros del hospital, que se la contaron al médico que yo arrastré a la suite Venus, que nos la contó a mamá y a mí. Por el camino se perdió el nombre que la abuela iba gritando, Posiblemente fuera Eliete, el mío, me adelanté a decir. El médico no tenía modo de confirmarlo, pero no consideró importante aclarar esa cuestión, y nos explicó que en estos casos, las competencias socioafectivas se deterioran, puesto que el enfermo se queda preso en sus fabulaciones. Comprendí que su palabrería podía resumirse diciendo que, en estos casos, todos los desvaríos están jus-

tificados. ¿Qué casos?, quise preguntarle, pero no tuve valor, ¿qué quería decir el médico con *en estos casos*? ¿Se refería a la caída?, ¿qué tipo de caso es una caída?, la gente suele caerse y la abuela también se había caído, no íbamos a hacer de ello un drama. La abuela se había golpeado la cabeza en el suelo de la tienda de recuerdo y los hilillos de sangre que brotaron le mancharon el pelo blanco, ¿Cómo se llama y dónde vive, señora? ¿Tiene el contacto de algún familiar al que podamos localizar?

No me molestaba llevar a mamá a su casa, pero me costaba que menospreciara mi generosidad, No tenías por qué hacerlo, podría haber cogido el autobús, cuando ambas sabíamos que la parada estaba lejos de su casa y que el hecho de que la acompañara no era un pretexto para que nos relacionáramos. Yo siempre declinaba su invitación educada y circunstancial a que subiera, Te preparo un café, decía, como si hablara con una visita. Al principio me inventaba quehaceres impostergables, las niñas, Jorge, el trabajo, ¿Ni cinco minutos?, todo el mundo dispone de cinco minutos, yo añadía otras excusas todavía más incoherentes que nadie podría creer y mamá asumía con gusto el papel de la pobre mujer a la que le ha tocado tener una hija ingrata. ¿Cómo podía explicarle que el problema no era ella, sino la deformación a la que el tiempo se sometía en su casa? Cuando entraba en casa de mamá, el tiempo se convertía en un mecanismo rudimentario, como si alguien lo transformase en un tirachinas, y yo a merced de ese tirachinas, yo munición contra mí misma, como si me estiraran hacia atrás en el tiempo y después me soltaran, desprotegida, hacia el presente, donde veía todos mis errores y fracasos. La casa de mamá contenía todo lo que yo no quise ser y que irónicamente había acabado siendo. Tienes que encontrar tiempo para

ti, mira la hija de doña Rosa, es unos dos años mayor que tú y parece más joven, disparaba mamá para vengarse de lo que entendía como un rechazo por mi parte. A mamá no le apetecía especialmente que subiese a su casa, pero insistía en invitarme para que mi negativa la legitimara para hacerme daño. Entonces, disfrutaba lanzándome insinuaciones mezquinas, que había perdido la cuenta de cuántas veces mi matrimonio había estado en crisis, de en cuántos líos se habían metido mis hijas, de cuántas veces había corrido el riesgo de que me despidieran, de cuántas veces debería haberme puesto a dieta, cambiado de peinado, depilado el bigote, aprendido a pintarme, a vestirme, a comportarme. Cuando le daba una mala contestación, mamá decía que me estaba volviendo amarga. Una vez cometí el error de preguntarle, ¿Cómo que amarga?, el dorado de sus ojos se prendió y la respuesta vino sin vacilaciones, Como las personas infelices. No era de extrañar que se sorprendiera cuando, el día del hospital, acepté su invitación a subir, pero en vez de hacer algún comentario, disimuló la sorpresa para no quedar mal. No quedar mal podría ser el lema de mamá.

El móvil notificó la recepción de un mensaje. Era Jorge preguntándome por la abuela. La abuela está perdiendo el juicio, escribí en la pantalla brillante del teléfono, pero enseguida lo borré. Escribí, Echo de menos ser joven en verano, sin saber cómo se me había ocurrido aquella frase. La releí. La borré. Me gustaban las pantallas de los móviles, la existencia de sitios donde las palabras se podían destruir tan fácilmente como se creaban. Sin dejar marcas. Sitios brillantes, impolutos, sin rayas ni tachaduras ni memoria, donde siempre era posible empezar de nuevo. Escribí, Te llamo cuando salga de casa de mi madre, y envié el mensaje. Dos marcas azules me confirmaron

que Jorge ya lo había leído. Recibí un OK y una sonrisa. Elegí un corazón de vuelta, pero mamá me distrajo con la publicidad que acababa de sacar del buzón, Voy a tener que comprarme un aparato de estos para medirme la tensión, y el corazón se quedó olvidado en el mensaje sin enviar.